

Debían amarse. Ambos sentían que tenían que recuperar el tiempo perdido

LUZ GABÁS

REGRESO A TU PIEL

AE
& I


 Planeta

Índice

[Portada](#)

[Ilustración de Monzón](#)

[Dedicatoria](#)

[Regreso a tu piel](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[13.](#)

[14.](#)

[15.](#)

[16.](#)

[17.](#)

[18.](#)

[19.](#)

[20.](#)

[21.](#)

[22.](#)

[23.](#)

[24.](#)

[25.](#)

[26.](#)

[27.](#)

[28.](#)

[29.](#)

[30.](#)

[31.](#)

[32.](#)

[33.](#)

[34.](#)

[35.](#)

[36.](#)

[37.](#)

[38.](#)

[39.](#)

[40.](#)

[41.](#)

[42.](#)

[43.](#)

[44.](#)

[45.](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota](#)

[Documento original](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

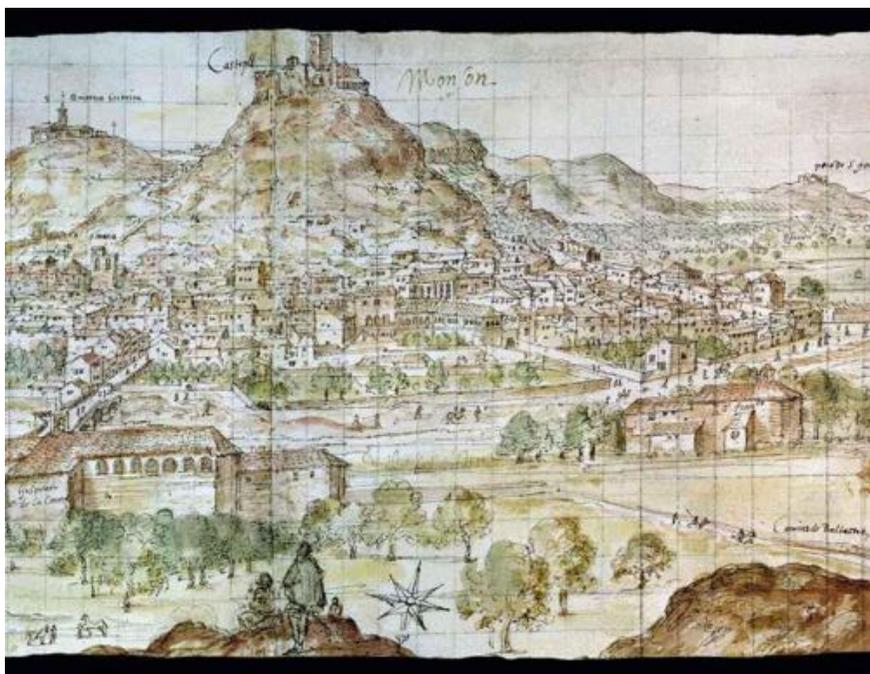
¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte



*Para José Español Fauquié,
con quien llevo años compartiendo siglos.
Un suspiro.
Un espacio de tiempo brevísimo.*

Otra vez.

El agua y las constantes ráfagas de viento azotan con furia su cuerpo.

¿O es el mío?

Una mujer corre desesperada. Sus botas se hunden en el barro. Tiene el cabello oscuro y largo. Incómodas madejas caen sobre su rostro y hombros.

Me pesa. Mucho.

Jadea. Está aturdida. Desesperada.

Ahora trepa por una pared de piedra y salta a un emboscado sendero. Los irregulares guijarros la hacen tropezar.

No puedo respirar...

Una zarza hiere su rostro; otras desgarran sus ropas y se clavan en su carne, pero ella sigue adelante. Las hojas rojizas de los árboles se pudren en el suelo. De pronto, el camino muere.

Levanta la vista y reconoce un pequeño puente sobre un barranco. Es muy estrecho. Sé que sabe —porque ha ido otras veces allí, cuando quiere estar sola— que solo se utiliza para conducir el agua desde las alturas a los pastos.

La visión del puente la tranquiliza. Un leve momento de alivio. Sabe qué hacer. Se arroja al suelo y comienza a arrastrarse. Quiere deslizarse a horcajadas sobre la estrecha pasarela apoyada en dos pilares que surgen de una inmensa roca anaranjada. Sus manos sienten la viscosa humedad del musgo centenario.

Es blando y suave, un tanto pegajoso.

Es desagradable.

Las gotas de lluvia se deslizan por las piedras. Parecen lágrimas. Resbalan, veloces, y luego se detienen un instante antes de lanzarse al vacío. Todas se estrellan metros más abajo contra el fondo del precipicio.

Las veo caer, una y miles a la vez, sin fin.

Ploc, ploc, ploc, ploc...

Tengo miedo. Ese ruido me da miedo. La posición de la mujer me da miedo...

¿Quién eres?

¡Cuidado!

¡Se ha sentado con las piernas colgando sobre el vacío!

El viento es tan fuerte que tiene que sujetarse con las manos a ambos lados de sus muslos para no ser derribada. Mira hacia abajo, hacia el inmenso agujero que abre su boca a sus pies. Parece que una momentánea sensación de vértigo despierta sus sentidos. Recuerda algo...

Baja la cabeza, apoya la barbilla contra el pecho y todo su cuerpo se convulsiona con unos violentos sollozos. Siento como si un profundo desconsuelo me embargara... También tiemblan las últimas hojas de otoño antes de que el viento las arranque definitivamente de lo que ha sido su vida.

¿Qué te pasa?

¿Qué me pasa?

Es esa sensación otra vez...

Es como si... No sé.

Solo quiere desaparecer.

Ploc, ploc, ploc, ploc...

Las gotas...

Un ruido de cascos de caballo que se acerca al galope. Un relincho. La imagen de un enorme animal negro que se pone de manos al borde del barranco. Un cuerpo que cae y se golpea contra la roca. Unos momentos de incertidumbre.

Ese caballo...

Creo que le resulta familiar.

La mujer se olvida de sí misma. El cuerpo bajo el puente no se mueve. Alguien está herido. El caballo patea nervioso. No sabe qué hacer, adónde dirigirse ahora.

El cuerpo está boca abajo, con el rostro cerca, muy cerca del agua. ¿Y si se ahoga?

¡Tienes que ayudarla! ¡Baja de ahí!

No sé cómo, pero ella ha llegado a su lado.

Se inclina sobre el cuerpo, aparta la capa que se ha doblado sobre su cabeza y apoya una mano en cada hombro para girarlo. Su rostro está cubierto de sangre.

—¡Tú! —exclama sintiendo un profundo alivio.

Yo creo que también lo conozco, que lo he visto antes... Pero ¿dónde?

Esos ojos que me miran y me queman, ¿a quién pertenecen?

Y ahora otra vez... ¡Qué poco dura el consuelo!

Los gritos cargados de odio y el miedo.

Y esa voz monocorde que repite, una y otra vez, unas palabras que no comprendo:

—Omnia... mecum...

Y yo... No...

1.

—Estoy aquí —oyó que decía alguien con suavidad, mientras la acariciaba—. Ya ha pasado.

Brianda abrió los ojos lentamente. Había pasado, pero ella sabía que sus pesadillas volverían. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? En los últimos meses, la frecuencia de esas peleas con las sombras nocturnas había aumentado considerablemente. Y esas escenas siempre terminaban en llanto. Parpadeó varias veces para acostumbrar la vista a la luz y despejar las lágrimas. Enseguida comenzó a ser consciente de su entorno, pero se mantuvo aferrada en ademán de silenciosa súplica a los brazos que la rodeaban. El corazón le latía tan deprisa que le dolía el pecho y sentía el cuerpo pegajoso por el sudor.

—Esteban... —Su voz sonó ronca. Quiso añadir algo más, pero no supo qué decirle. Nadie, ni siquiera él, podría ayudarle, porque no sabía a qué temer.

—Tranquila, cariño... —Esteban esperó en silencio unos segundos a que la mirada ausente de ella desapareciera del todo y regresara la expresión conocida. Entonces se incorporó, apoyó la espalda contra el cabecero y la atrajo hacia su pecho—. ¿Estás mejor?

Brianda asintió, acompañando el gesto con una leve sonrisa con la que pretendía tranquilizar a Esteban, pero se sentía inquieta. Reconocía que él estaba teniendo con ella mucha paciencia; tal vez demasiada. En todo ese tiempo no había mostrado ningún indicio de rechazo o hartazgo. Ni siquiera había exteriorizado una simple recriminación. Se

preguntó si ella actuaría con tanta tranquilidad si fuera al revés; si Esteban la despertara a cualquier hora hecho un manojo de nervios.

Se incorporó y se sentó al borde de la cama. Le dolía la cabeza. El dolor de cabeza se estaba convirtiendo en una constante en su vida.

—No sé qué me pasa... —dijo en un susurro. No podía descansar ni de día ni de noche. Se llevó una mano a la garganta. La sentía áspera, como su espíritu.

—Seguro que es por la reunión de hoy. —Esteban le dio unos golpecitos en la mano—. En unas horas habrá terminado. —Miró el despertador. Eran las siete—. Yo me levanto ya. Me espera un día duro.

Caminó hacia el cuarto de baño. Brianda se giró, acomodó un cojín sobre la almohada y volvió a recostarse. En su cabeza todavía resonaba una incompleta expresión en latín cuyo significado no comprendía. Cerró los ojos y visualizó imágenes y sensaciones sueltas, una mujer, un caballo, agua, algo viscoso entre los dedos... No tuvo que esforzarse mucho en recordarlas porque eran las mismas de otras veces. Sabía que era difícil que un sueño se repitiera con frecuencia. A ella no le había sucedido nunca hasta hacía un par de meses. Había intentado encontrar una explicación lógica, pero no era una experta en psicoanálisis. Tal vez su mente la estuviera advirtiendo de algo, pero ella no tenía ni idea ni de qué ni de por qué. Por más vueltas que le había dado al tema, había terminado por admitir que su única preocupación provenía del trabajo, el cual se estaba resintiendo por culpa de la falta de sueño. Todo lo demás estaba en orden.

De fondo escuchó el ruido del agua de la ducha y las voces de la radio. Poco después apareció Esteban con el pelo castaño alborotado y restos de gotas sobre su cuerpo desnudo. Abrió el armario y eligió el atuendo del día, un pantalón gris de cintura alta y una camiseta blanca. Brianda observó cómo se vestía, deseando encontrar algo de sosiego en esa cotidiana visión.

—¿Qué tal esta americana?

Esteban se la puso y desfiló ante la joven con una sonrisa en los labios.

—Perfecta para un abogado cuarentón... —comentó ella obligándose a sonreír.

—¡Oye! ¡Todavía me falta un poco para eso! —Cogió los zapatos fingiendo sentirse ofendido—. ¡Y tú vas detrás! —Se sentó a los pies de la cama para calzarse y al cabo de unos segundos preguntó, recuperando el tono cariñoso—: ¿Estás preparada para el gran día?

Brianda asintió sin mucho entusiasmo. Después de semanas de intenso trabajo, en unas horas estaría explicando el nuevo proyecto ante la comisión gestora del hospital. Había mucho dinero en juego. Si convencía a los miembros, su empresa conseguiría un succulento contrato y ella, tal vez, un ascenso. Sin embargo, a pesar de su experiencia, se sentía nerviosa. Ese día más que nunca todo tenía que ir bien. Esteban no lo sabía, no se había atrevido a contárselo, pero otro desliz como el de la semana anterior, y su reputación en la empresa caería en picado.

Esteban la observó unos instantes y ella reconoció en su mirada lo que tantas veces él le había repetido. Le encantaba la expresión despistada de Brianda cuando se despertaba. A él no le costaba nada madrugar, pero para ella cada mañana suponía una pelea contra el sueño. Su expresión adormilada, las mejillas sonrosadas y la media melena oscura despeinada le daban un aire de cautivador desaliño. Se preguntó si se percataría ahora del velo de preocupación que seguramente empañaba sus ojos oscuros.

—Sé que todo irá bien. —Esteban se inclinó para besarla. Después le acarició la mejilla y se levantó—. Llámame en cuanto termines, por favor.

—Sí —prometió ella.

—Y no te quedes dormida, ¿eh? —bromeó él antes de desaparecer.

Brianda permaneció unos minutos más en la cama hasta que percibió que comenzaba a amanecer. Se levantó y se dirigió hacia la ventana. Poco a poco el ajeteo otoñal del Madrid diurno iba ganándole terreno al nocturno: fur-

gonetas de reparto, alguna joven apresurada empujando un cochecito con un niño amodorrado, algún hombre con el periódico bajo el brazo buscando un bar donde tomarse un cortado, varias mujeres extranjeras atravesando los portales hacia los pisos donde trabajaban como asistentes, los primeros bocinazos de conductores impacientes... Nada parecía diferente de otros días de otoño en la calle donde Esteban y ella habían decidido comprar un piso viejo y remodelarlo. Realmente disfrutaba de una vida que muchos considerarían envidiable. Una pareja estable, un trabajo de responsabilidad y una vivienda preciosa.

«No debería darle tantas vueltas a todo», pensó. Estaba más que acostumbrada a hablar en público, a lidiar con impertinentes en reuniones tensas, a mantener la atención de la audiencia, incluso cuando explicaba asuntos densos y complejos, a conseguir sus objetivos... Y ese día no tenía por qué ser diferente. Lo sucedido la semana anterior no tenía por qué repetirse; además, Tatiana había conseguido salvar la situación de manera satisfactoria.

Al pensar en su nueva compañera de trabajo hizo un gesto de fastidio. Era una mujer eficaz, inteligente y encantadora con la que no acababa de congeniar. No podía evitarlo: desconfiaba de su amabilidad. Se preguntó entonces cuándo comenzaron las pesadillas y si tendrían algo que ver con la joven ayudante ganándole terreno a la veterana. El puente del sueño, el miedo, el agua, la confusión, las lágrimas, el temor a algo negativo... Cabía la posibilidad de que ese asunto sin resolver en su interior tuviera su origen en el miedo a perder el control de su vida.

Decidió que una ducha pondría fin a esa sarta de tonterías. Subió el volumen de la radio y dejó que las noticias del difícil mundo que había más allá de esas paredes de mármol blanco la distrajeran de sus pensamientos mientras el agua caía sobre su cuerpo como un bálsamo. Después de arreglarse, confió en un buen vaso de leche caliente con miel para suavizar su garganta y algo de ibuprofeno para el dolor de cabeza. Abandonó la cocina con una taza en una mano y la tableta digital en la otra y cruzó el amplio y lumi-

noso salón decorado en tonos claros. Se sentó en un cómodo sillón junto al gran ventanal de la terraza, desde el que podía disfrutar de la vista del cielo de la ciudad y de otros áticos que se extendían hasta el horizonte. Tomó un par de sorbos de la bebida y al tercero no pudo contenerse más y encendió la tableta.

Necesitaba buscar más información.

Su mente le pedía que se centrara en el guion de la presentación, pero su corazón se empeñaba en distraerla. No podía librarse de las nuevas imágenes del sueño... Además del hombre de rostro desconocido había un caballo y unas palabras en latín. La información del diccionario de símbolos *on-line* la dejó insatisfecha. El caballo significaba una vida futura feliz y próspera, o una aventura amorosa si iba cabalgando. Pero ella no cabalgaba en su sueño... Además, si el animal era oscuro, aventuraba mala fortuna. Hablar una lengua extranjera indicaba que había un mensaje del subconsciente que necesitaba salir y ser escuchado. Y, por último, la lluvia intensa auguraba un periodo tormentoso.

Apagó el dispositivo y apuró el último sorbo de la bebida caliente. Oyó que entraba un *whatsapp* en su móvil. Era de Tatiana. Un mensaje jovial comentando que estaba un poco nerviosa. Qué falsa era, pensó. Dejó la taza del desayuno en la cocina, ordenó sus papeles en la carpeta del despacho, se puso una gabardina, buscó su bolso y salió.

Mientras descendía al vestíbulo en el ascensor se percató de que tenía las manos frías y húmedas.

—¡Qué guapa! —exclamó Tatiana nada más verla—. ¿Pretendes impresionar a la comisión?

—Tú tampoco te has quedado corta... —repuso Brianda con cierta sorna.

Las dos llevaban un traje chaqueta de corte masculino que Tatiana había rematado con unos tacones muy altos y su larga melena castaña suelta. Brianda intentaba siempre ir

cómoda. Por eso había elegido unos zapatos planos y se había recogido el cabello en un diminuto moño.

Una recepcionista del hospital la había acompañado a la sala de reuniones, donde Tatiana ya había dispuesto todas las carpetas en perfecto orden frente a los asientos que rodeaban una gran mesa ovalada de caoba. En la pantalla del fondo se podía ver la primera imagen de la presentación en *power point* que ambas habían preparado especialmente para ese encuentro. Brianda ocupó su lugar y propuso repasar una vez más el orden de intervención de cada una. No era la primera vez que exponían algo, pero sí una de las más importantes. El país estaba en crisis, los mercados por los suelos y los empleos pendían de un hilo, así que cada contrato que se firmaba era motivo de alivio y celebración. Pero, además, ella tenía la suerte de disfrutar con un trabajo que le apasionaba y que le permitía vivir excitantes momentos, como esos previos a una presentación en los que los mismos nervios agudizaban sus sentidos para después saborear el éxito, por lo que esperaba que le durase mucho tiempo. Sostuvo su bolígrafo por un extremo entre los dedos índice y anular y lo balanceó inconscientemente sobre la carpeta, de modo que el otro extremo golpeaba los folios emitiendo molestos ruiditos secos.

—¿Estás bien? —preguntó de pronto Tatiana.

—Sí, claro —respondió rápidamente Brianda sonrojándose—. ¿Por qué lo preguntas?

—Te veo diferente. No dejas de hacer ruiditos con el boli. —Hizo una pequeña pausa y luego lanzó el dardo—: ¿Estás nerviosa? Tú no te preocupes. Si te pasa lo del otro día, te echaré un cable.

Brianda saltó como un resorte.

—El otro día tenía fiebre. —Era mentira, pero algo tenía que decir—. Hoy estoy perfectamente, gracias.

Justo entonces se abrió la puerta y los miembros de la reunión entraron en la sala. Brianda contó diez hombres y dos mujeres, de los cuales conocía a tres o cuatro de encuentros previos. Después del saludo de cortesía todos ocuparon sus puestos hablando entre ellos. Ya sentada,